

APUNTES PARA LA DIFERENCIA Y LA COMUNIDAD

UNA APORTACION DESDE EL CRISTIANISMO A UNA ETICA
PARA LA SOCIEDAD

JOSE MANUEL CASTRO CAVERO
PROFESOR DE TEOLOGIA DEL CENTRO
TEOLOGICO DE LAS PALMAS

I. INTRODUCCION: DIFERENCIA Y COMUNIDAD

Los tiempos de los matriarcados deben quedar muy lejanos, si es que no fueron un mito de los orígenes intemporales para mantener la tensión y la vigilancia, en una palabra, el poder de una parte de la humanidad sobre el resto; la lucha cainita de unos contra otros, que el libro bíblico del Génesis nos relata entre varones, es un relato tan abierto que en él podemos incluir todas las luchas de la historia.

Hasta las guerras, como aberración máxima de los humanos, llegan a su término entre las comunidades enfrentadas y ensangrentadas, pero la guerra entre los sexos no sé yo que haya alcanzado tregua ni paz en algún tiempo. Es una guerra de guerrillas, una guerra no declarada. En el campo de la vida no es que el caos entre los sexos resulte triunfante, es obligado reconocer que se dan humanos avances de *conversión a la comunidad entre los sexos*.

Así presento los dos centros sobre los que giran estos apuntes, incompletos y abiertos a la discusión, son la *diferencia*, cuyo paradigma tomo de los

sexos masculino y femenino, y la *comunidad* como criterio de conversión o instancia crítica.

Dejarse *convertir* por la comunidad, es la tesis de esta comunicación, y la explico como la opción radical de aceptar la presencia y acción autónoma del otro. Frente a los demonios del enclaustramiento en sí mismos, la comunidad se hace provocadora de conversión hacia todo lo demás; frente a los demonios de la domesticación colectiva, la comunidad invoca la conversión hacia la identidad personal, en suma, a dar por buena la diferencia.

El sexo no es una carga que se soporta, sino que se es, porque forma parte constitutiva de la personalidad; una existencia asexuada es un imposible que conduce a la represión, lo mismo que una existencia negadora de la diferencia sexual acaba por anular una dimensión del crecimiento de la personalidad. Ambas caricaturas, es incontestable que anulan cualquier atisbo de diálogo o de convivencia. Totalizar todo en uno mismo es tan monstruoso que en lo pequeño, un individuo, el mítico Narciso, acabó ahogándose en una charca cristalina, y en lo grande, un grupo de individuos totalizadores de sus únicas y verdaderas cosmovisiones, construyeron campos de exterminio.

El sexo nos viene a diferenciar empíricamente a los ojos de quienes no perciben más allá de lo vulgar, pero también el color de la piel, las lenguas, las religiones, los compromisos políticos y sindicales, la increencia, las edades, la salud, los dineros. Las diferencias sexuales más profundas no se perciben como caracteres sino como modos y proyectos de existir en diálogo plural con todo lo que configura el cosmos. Por eso pretendo presentar la sexualidad humana como *paradigma* de la diferencia y de la alteridad.

No me olvido de que todo es posible, de que los experimentos humanos se llaman *vanguardias*; pero no me quiero callar que se dan proyectos reductores y denigrantes para cualquier persona, y al contrario, otros proyectos a primera vista deficientes, que impulsan al desarrollo integral de lo humano.

De la conversión al misterio, muy humano, de la comunidad resulta el respeto total a las personas y a las cosas, lo que vengo llamando *cosmos*, que no es ese espacio sideral alejado de lo humano sino el espacio cercano, entretejido por el ser humano a base de desarrollar interconexiones. Es aquí donde yo cimento las más urgentes y atrevidas opciones de quienes apuestan por la justicia, la paz, la ecología, hasta por lo bello de la vida: un mundo que es de todos y de todo, una vida en equilibrio capaz de convivir cósmicamente. Por eso considero que la comunidad es una conversión y a la vez una entrada en lo misterioso. Quienes se introducen en esa dimensión se implican en la transformación de todo, en una utopía crítica, en un estado de insatisfacción

continuado, en una aventura de llevar el diálogo hasta la radicalidad, en definitiva y eso es lo misterioso, la *palabra* nos asemeja a lo divino porque es creadora (Libro del Génesis y Prólogo del Evangelio de Juan).

Sólo la ecología nacida como toma de conciencia acerca de los ataques y atropellos contra todo y contra todos, frente a la destrucción beatificada por los centros de poder y por los deseos personales de comodidad y bienestar, adquiere legitimidad humana. En este momento quedamos todos los humanos interpelados a entendernos, a creer en el diálogo como fundamento del *medio* y de la convivencia porque además de ser necesario es una opción.

La conversión a la comunidad es un misterio porque quien así actúa cambia lo viejo por lo nuevo, se imponen, entonces, formas de vida por encima de formas de muerte y destrucción.

Ese eterno problema de ruptura dialógica que se da entre los mismos seres humanos presenta su más refinada esencia en la *diferenciación sexual*. El *machismo* como respuesta y dominio absoluto de una parte de la humanidad sobre las otras partes, impone una cosmovisión de la existencia y de la realidad en dimensiones de poder, dominio, exclusión, esclavismo, despersonalización. Esas dimensiones no sólo se circunscriben al ámbito de los seres humanos sino que desbordan para arrasarse con todo lo que nos rodea y que llamamos *medio* o también *ambiente* (para seguir la terminología actual de quienes se oponen, por redundante, a la expresión 'medio ambiente').

De una actitud machista, haciendo prospectiva y no adivinación, jamás se puede esperar una implicación en la existencia con rasgos de justicia, de paz, de crítica ecológica. El machista, como la feminista, son *devoradores*, sacrificadores de la alteridad, caníbales de la diferencia, asesinos satisfechos de dar muerte a los otros, vistos como rivales.

De los sexos humanos diferentes y diferenciadores se pueden hacer dos ciudades, parafraseando a San Agustín, una la ciudad única, en la que nada del mundo quedará libre para construirse en autonomía; donde las diferencias tendrán que emigrar o soportar la persecución. La otra ciudad es la de la *comunidad*, la ciudad de las diferencias y de la pluralidad, en la que los seres humanos se dejan convertir al Reino de Dios, el Dios comunidad materna y paterna de amor.

2. LA COMUNIDAD COMO CLAVE ANTROPOTEOLÓGICA

Todo el peso de nuestras palabras y de nuestras ideas, de nuestros compromisos y opciones, a lo que llamo *credibilidad ecuménica*, nace cuando

hablamos o escribimos creíblemente para todas las gentes. Por eso opto por tomar la idea y la práctica de la *comunidad* como clave razonable y vivencial, como criterio de denuncia contra todos los encanallamientos de la verdad única y solitaria. Desde un planteamiento existencial que tome en consideración la Buena Noticia de los Evangelios es demoníaco toda pretensión de lograr una salvación individual. Con Pablo de Tarso no me queda más remedio que afirmar: “Dios quiere que todos los hombres se salven” (1 Tim. 2, 3-4).

En la comunidad no está el remedio sino un camino de acción y de opción, el compromiso que hace justicia entre lo propio y lo cósmico, el yo y la alteridad. Cuando en un diálogo humano así sucede, no deja de existir ni el yo ni el tú sino que nace el *nosotros*. La comunidad es aprendizaje que abarca la vida entera.

2.1. *La comunidad desde la experiencia humana*

La comunidad tiene capacidad de conversión en la experiencia de las personas cuando se acepta lo comunitario que todos llevamos dentro, que somos ni más ni menos una comunidad hasta en nosotros mismos. El más mínimo dolor de un miembro de nuestro organismo nos hace caer en la cuenta de lo comunitario de nuestra yoidad.

Los signos comunitarios de la vida, del mundo, son evidentes. Desde el mundo de la música nos hacemos a la idea de lo comunitario de los sonidos, de los músicos que forman la orquesta, de la comunidad entre humanos y sonidos para transformarse en una comunidad sinfónica. En nuestro mundo, tan oyente para la música, al que acceden jóvenes y adultos, antiguos y modernos, basta una mínima señal para hacernos caer en la cuenta de su evocación comunitaria; de su capacidad educativa, que nos pone en camino para dejar abierta nuestra compañía a toda la comunidad con la que transitamos por el viaje de la vida.

Buscar signos de comunidad en la realidad ó en la historia, no es mirar al sol para quemarse los ojos. Tiene mucho de utopía y de aventura, lo mismo que soñar con el día en que duerman juntos el lobo y el cordero (Libro de Isaías 11,6), el mismo día en que los seres humanos construyan su historia en comunidad.

2.2. *La comunidad desde las experiencias creyentes*

“Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús: los que os habéis bautizado en Cristo, de Cristo os habéis revestido. Pues ya no hay judío ni griego, ya no hay siervo ni libre, ya no hay macho ni hembra; pues todos vosotros sois uno en el Cristo” (Gál. 3, 27-28).

De las explicaciones abstractas de los dogmas a lo largo de la historia del cristianismo lo único que hemos provocado es indiferencia no sólo en los ‘gentiles’ sino en los creyentes.

Un ejemplo ilustrativo nos lo ofrece la teología de la *Trinidad*. Para superar los alambicamientos teológicos o filosóficos ha bastado con comprender tal misterio como lo *comunitario de la divinidad*. De aquí que cuando se ha exagerado lo único de lo divino, inmediatamente se ha aplicado tal convencimiento a la comunidad en forma de persecución, y en tales circunstancias, de la Trinidad se han afirmado circunloquios.

En la historia del cristianismo son palpables estos convencimientos. La tentación inquisitorial está siempre cercana y cada vez que de una u otra forma la han puesto en funcionamiento lo comunitario de lo divino y lo *comunitario de las comunidades* han sido motivos y causa de tortura.

3. CONCLUSION

La comunidad de comunidades es el más firme rechazo a la desexualización de los sexos, al abandono de lo específico y personal que somos cada uno de los seres humanos. Esto, llevado a un contexto más amplio, nos permite comprender que de la anulación de las diferencias sólo puede venir la eliminación de los diferentes, o sea, una convivencia vigilada e imposible, de carceleros y verdugos.

La *conversión a la comunidad* es interpelarse a cada paso por lo comunitario de la realidad, desde lo más evidente de uno mismo que no es nadie cuando le duele una muela.

De la imposición de una forma de ver la vida nace la negación de las otras miradas, para desembocar en una historia tejida de divisiones, que no de diferencias, en la que triunfan siempre los verdugos.

La pluralidad o la diferencia son tan verdaderas como la riqueza de matices que tiene una sinfonía. De esa conversión comunitaria se hace posible la vida, todas las vidas, porque se da cabida a un horizonte de futuro y de esperanza.